La flor que nadie había encargado

Relato original · Shyvirelle

El ramo esperaba en el estante cuando Valentín abrió la floristería. Estaba envuelto en papel marrón, atado con hilo azul y acompañado de una tarjeta fechada el 12 de mayo de 2008. La tienda había abierto once años después. No había recibo, nombre de cliente ni una sola flor de las que Valentín vendía esa semana.

Sí había una dirección: «Sala de ensayo del coro del puente». Debajo, en la cara visible de la tarjeta doblada, se leía: «A quien llegó primero».

Valentín conocía el salón. Una vez por mes llevaba allí flores que sobraban de alguna decoración, y las dejaba junto al piano para quien quisiera recogerlas. Pensó que alguien había confundido la mesa de los encargos con el estante de las donaciones. Guardó la tarjeta, tomó el ramo y caminó las cuatro calles hasta la sala.

No esperaba que una mujer lo interceptara antes de abrir la puerta.

—Eso es mío —dijo Julia, una vecina del edificio, al reconocer el hilo azul—. O debería serlo.

—No hay pedido a tu nombre.

—La frase es para mí. Fui la primera en entrar al coro después de que Inés lo fundara.

Le mostró, con una mezcla de orgullo y desconcierto, la tapa de una cajita que llevaba en el bolso. Adentro guardaba una tarjeta antigua con una fecha idéntica. La tinta había palidecido, pero era legible: «Te dejamos sitio».

—Me la dieron el día que canté por primera vez. Nunca supe quién la escribió.

Valentín preguntó entonces por qué había devuelto el ramo a su tienda.

—No lo devolví. Ayer encontré otro, con ese mismo papel, en la puerta de mi casa. Lo llevé a la floristería porque creí que alguien se había equivocado de destinataria. Supongo que el de ahora ha vuelto a aparecer.

Pero Valentín miró las flores. Las que Julia describía eran blancas; esas eran amarillas. El hilo azul estaba anudado de otra manera.

Las dos flores

Inés, que había dirigido el coro desde sus primeros ensayos, llegó un poco después, con una maceta vacía entre los brazos. No le sorprendió que Julia hubiera encontrado un ramo; sí que Valentín tratara las flores como si fueran pruebas de un delito.

—No hay que buscar comprador —dijo—. Antes nos regalábamos una flor por el aniversario. Dos personas, nada más. Nunca acordábamos qué día íbamos a venir. Una la dejaba en la sala y la otra, cuando la veía, dejaba la suya. A veces pasaban tres ensayos entre una y otra.

—¿Tú y Julia? —preguntó el florista.

—Al principio sí. Luego lo hicieron otras dos voces, y después otras. Era una forma de decir que nadie tenía que entrar acompañado para sentirse recibido.

Inés dejó la maceta sobre un banco. Era de barro gris, con dos hendiduras verticales hechas a mano, una más profunda que la otra. Tenía una mancha cuadrada donde algo había quedado apoyado durante años. Cuando Valentín preguntó por las marcas, Inés respondió que se las había hecho sin querer al usar la maceta para sostener tarjetas.

—El primer día de Julia —recordó—, habíamos puesto una silla de más, por si llegaba alguien. Ella creyó que estaba ocupando un lugar que no era suyo. Le dimos dos flores: una para que la llevara y otra para que pudiera recibir a la siguiente persona. No sabía cuándo vendría nadie. Por eso dejamos aquella silla preparada.

Julia rozó su cajita con los dedos. Había conservado la tarjeta y la flor seca del primer día, pero no recordaba la segunda flor.

—Las cosas pequeñas cambian de tamaño cuando uno las recuerda —dijo Inés.

Valentín no quería que el asunto se resolviera con una frase bonita. El ramo que llevaba tenía un destino escrito; alguien debía haberlo dejado en el estante de una tienda cerrada. Además, el año de la tarjeta era real, aunque la floristería no existiera entonces.

—¿Quién puso la fecha? —preguntó.

—Esa es la fecha de nuestro primer ensayo —dijo Inés—. La escribíamos en cada aniversario, aunque cambiáramos de sala. Así sabíamos qué estábamos recordando.

Julia miró el envoltorio.

—¿Y lo de «A quien llegó primero»?

—Yo no he escrito eso —contestó Inés.

El papel doblado

Valentín llevó la maceta a su tienda, con permiso de Inés, y la dejó en el mismo sitio donde había encontrado el ramo. No necesitaba buscar una firma ni descubrir quién había entrado durante la noche. La puerta de la floristería daba a un patio compartido por el coro y otros comercios; el estante de donaciones quedaba accesible antes de que él levantara la persiana. Cualquiera del coro podía dejar allí un ramo sin hacer un pedido.

Le interesaba otra cosa: la tarjeta.

Era una tira larga de cartulina doblada dos veces. En la parte que había quedado a la vista estaban las palabras «A quien llegó primero». En la cara contraria, escondida contra el papel, había otra cabecera de tamaño idéntico: «A quien llegue después». En el interior se leía «Una flor recuerda; la otra espera» y, junto al doblez, una instrucción: «Deja la segunda para quien llegue después».

Valentín desplegó la tira sobre la mesa. Las frases no encajaban como una sola dedicatoria. La primera parecía hablar del pasado; la última, de alguien que todavía no estaba allí. Probó doblarla de otro modo y vio que una palabra quedaba partida en el borde.

Buscó entonces la maceta de Inés. La hendidura más profunda tenía el ancho de la tarjeta doblada una sola vez; la otra, más estrecha, servía para sostenerla con la segunda mitad vuelta hacia delante. La mancha cuadrada, justo debajo, marcaba el sitio donde había descansado el papel. Al apoyarlo según las marcas, la frase de delante cambió.

Ahora se leía: «A quien llegue después». La antigua fecha quedaba arriba como encabezado, y la indicación de la segunda flor permanecía escondida en el pliegue interior.

Valentín repitió el movimiento tres veces. En una posición, un saludo a quien había inaugurado el coro. En la otra, una bienvenida para la próxima voz. El papel no ocultaba un mensaje secreto: era un objeto hecho para cambiar de destinatario cada vez que se giraba.

En la base encontró una marca tenue de tinta azul con la forma de un punto. Inés confirmó que acostumbraban poner allí un punto cuando dejaban una flor, para señalar cuál cara de la tarjeta debía mirar a la silla vacía. La mancha del barro y el punto coincidían.

Eso explicaba por qué Julia había reconocido la frase y, al mismo tiempo, por qué nadie le había encargado las flores. Había visto la cara que recordaba, no la que debía quedar a la vista durante el ensayo.

La silla que no tenía nombre

Valentín regresó al salón con la maceta y la cartulina abierta. Colocó ambos junto a la silla desocupada que seguía al fondo, bajo una ventana alta. Inés había pedido que la dejaran allí durante los ensayos de aniversario, aunque nadie supiera si se incorporaría una nueva persona.

—Mira —le dijo a Julia—. En esta posición, la tarjeta te saluda a ti. En esta otra, deja sitio a alguien que aún no conocemos.

Julia leyó las dos caras. Después sacó de la cajita su tarjeta vieja. Tenía una esquina doblada hacia atrás y una huella de barro en el reverso. Al ponerla junto a la maceta reconoció el mismo tipo de pliegue. Inés recordó que el día de su bienvenida habían usado aquella misma maceta, entonces llena de tierra, para que el mensaje no se volara.

—Yo creía que la silla estaba vacía porque alguien faltaba —dijo Julia.

—Estaba vacía porque alguien podía llegar —respondió Inés.

No hubo una confesión ni una lista de sospechosos. Las flores habían circulado de mano en mano siguiendo una costumbre sencilla, tan poco organizada que nadie sabía qué día comenzaría aquel año. Valentín había sido, sin proponérselo, el último en transportar la ofrenda. El ramo amarillo seguía entero, sobre la silla.

Julia recogió la tarjeta que había guardado desde su entrada al coro. Valentín se la devolvió después de mostrarle cómo descansaba en la maceta, sin quedarse con ella como si fuera una prueba que necesitara dueño.

En el ensayo siguiente, Julia llegó con dos flores: una blanca y otra amarilla. Dejó la blanca al lado de Inés, que estaba acomodando las partituras, y puso la amarilla en la silla vacía. Giró la tarjeta hasta que se leyó «A quien llegue después».

Cantaron durante una hora. Nadie ocupó la silla. Cuando terminaron, Julia apagó la luz sin retirar la flor.

No había un pedido extraviado ni un destinatario equivocado. La siguiente voz todavía no había entrado, y por primera vez eso no le pareció una ausencia.